Españoles en Europa: Alfonso Costafreda

Jaime Ferran

Mi reciente libro sobre Alfonso Costafreda [1], en las ediciones Júcar, ha querido evocar a un poeta español que debiera ser hoy tan conocido en España como en Europa, en cuyo ámbito —en la ciudad suiza de Ginebra— vivió las dos últimas décadas de su vida. No son, sin embargo, tan claras las cosas y Alfonso Costafreda —y otros como él— no sólo no fueron más conocidos en Europa por haber vivido en ella, sino que acabaron siendo ignorados u olvidados en la misma España, que sigue siendo un país que nos quiere de cuerpo presente, vivos o muertos. Precisamente, después de la muerte de Costafreda ha empezado a corregirse, en alguna medida, el desconocimiento en que le tuvo su patria y en las últimas Antologías —como en la de Juan García Hortelano, de Taurus o en la recentísima de Rubio y Falcó, de Alhambra, se empieza a reconocer el mérito de este poeta nacido en Tárrega, en la provincia de Lérida, el 8 de mayo de 1926 y fallecido en Ginebra el 5 de abril de 1974.

Quizá la AEPE pueda ahora subsanar el desconocimiento en que se tiene a Alfonso Costafreda —y a los escritores españoles en general— en Europa, sobre todo teniendo en cuenta que ya son muchos los españoles que por razones políticas o de otra índole eligieron Europa como su residencia.

En el caso de Alfonso Costafreda sus años ginebrinos fueron muy importantes para la evolución de su poesía. Así, si al principio de su vida poética había apostado, en los años cuarenta, por una poesía que llamaba épico-social, en su libro *Nuestra elegía* e intimista en sus *8 poemas*, sus últimos libros, *Compañera de hoy* y sobre todo su estremecedor libro póstumo *Suicidios y otras muertes*, se insertan en un expresionismo claramente reforzado por su vida en Suiza, donde se encontraba en el centro de un movimiento de enorme importancia para Europa —desde la segunda década de nuestro siglo— y que sin embargo no llegó con fuerza suficiente a cruzar la frontera española.

No es fácil, pues, situar la obra de Alfonso Costafreda, que se inserta, como se ve, en un ámbito literario en cierta medida ajeno a su país.

No me cabe, sin embargo, duda alguna de que casos como el de Costafreda serán a la larga los heraldos de nuestra verdadera incorporación a Europa, que como decía Eugenio d'Ors —ya en 1914— debía pasar por una primer etapa de unidad moral, antes de que se intentaran la estratégica y la económica.

El hecho de que se haya intentado el acercamiento al revés de lo que Xènius propugnara con ocasión de la Primer Guerra Grande, en su «Manifiesto de los amigos de la Unidad Moral de Europa», en Barcelona, no sólo ha retrasado hasta hoy —o hasta Dios sabe cuándo— nuestra incorporación a Europa, sino que ha dejado en la más estricta orfandad a los españoles que eligieron a Europa como su campo de batalla habitual, con el resultado de que Europa acabará siendo no un campo propio sino una «tierra de nadie», en la que, aparentemente, se perdieron sus esfuerzos... Sólo aparentemente, porque el esfuerzo nunca se pierde. Es lo que he querido probar en este libro sobre un gran poeta español, cuya obra no hace sino crecer entre nosotros y que espera ahora la atención esforzada de los estudiosos europeos de nuestra poesía: Alfonso Costafreda.

[1] *Alfonso Costafreda*, Ediciones Júcar, Colección «Los poetas», Madrid, febrero, 1981.

Centro Virtual Cervantes